

Manuel de la Fuente y «Palabras que gusta ver escritas»

Confesé una vez: «Cuando amo a una ciudad compro periódicos / como el enamorado pide rosas... ». Nada me ha hecho cambiar aquella declaración en verso. Porque, ¿cómo decir que se ha ido a Soria o a Barcelona o a Talavera de la Reina sin haberse asomado a la cartelera de los espectáculos, a la lista de las conferencias de las siete de la tarde -«o das una conferencia o te la dan»-, o sin husmear en los asuntos locales, y en los anuncios y en las esquelas aunque no tengas nada que comprar o vender ni conocido por quien dar una palabra de pésame? Los que no sabemos vivir sin periódicos tenemos un instinto muy fino para orientarnos a través de las páginas. Un periódico es como una ciudad, y junto a bloques macizos que arruinarían la vocación soleada de un Diógenes, el diario suele ofrecer alguna zona verde y acaso una placita donde las palabras manan por los caños del mejor arte literario, como sin prisa. En Barcelona, un dispensador de este lujo se llama Álvaro Ruibal, y tiene un recodo que se llama «La calle y su mundo». En Palencia era Valentín Bleye. El Lugo de Traperero Pardo. El Jaén de Manolo Urbano. El Oviedo de Eugenio de Rioja. Que un Victoriano Crémer, un Álvaro Cunqueiro, me valgan como ejemplos muy altos para no enredarme en una retahíla imposible...

Los artículos de periódico se escriben para el periódico, y es allí, en las páginas fugaces pero incisivas, donde su función nada subalterna se cumple. Pero no es infrecuente que la continuidad del tono, la visión personal de los temas, la extensión uniforme de cada texto (como en el caso preclaro de Alain), y sobre todo, la calidad literaria, conduzcan a su reunión en libro. A la mano tengo el ejemplo: «Vigo, paisaje con figuras» es un volumen donde Manuel de la Fuente entrega un centenar de piezas periodísticas, o literarias, o de periodismo literario. A veces cuentan un cuento, como corresponde a la narrativa. Otras están próximas a la estampa costumbrista, a la evocación poética, a los asuntos de la ciudad y su entorno, al perfil de los personajes. Hay un artículo (ahora deberemos decir un capítulo) que cuenta de un cubano en la ciudad, y lo hace con realismo y ternura. Hay otro, precioso, sobre los cónsules acreditados en Vigo, que a uno lo convierte en cándido soñador de altas y misteriosas Embajadas. Hay páginas donde salen poetas y pintores y políticos ya muertos o felizmente reinantes, y tentadoras escenas de taberna donde respiramos la amistad y casi paladeamos los halagos de los albariños y los ribeiros y los amandis...

Ahora falta decir que Manuel de la Fuente es de los nuestros. «O neno leonés» le llamaba don Isidoro Millán, una personalidad del foro vigués, cuando Manolo dejó la tierra adentro de don Filemón de la Cuesta y arribó a la orilla atlántica con unos puñados de versos y un solo cigarro en el labio: o sea, ese cigarro que prendió un día

de su adolescencia -lo recordamos, jovencísimo, pronunciando unas palabras en la inauguración del cine Trián-, y que en treinta años no ha dejado de pitar.

Por este libro, «El Faro de Vigo» ha hecho una excepción histórica: dedicar el artículo editorial a uno de sus redactores, nuestro paisano Manuel de la Fuente. El libro es excelente, y (sin querer alabarme) yo puedo decir el por qué. Bueno, lo dice el propio autor, quizá sin darse cuenta de que está dando en la diana de la verdadera literatura:

«Porque se habla de Vigo, de su entorno y de Galicia con palabras que gusta ver escritas».

Antonio Pereira